

## Cuando retomé mi sendero

La vida es complicada. El amor es algo tan hermoso como doloroso.

Eso es algo que tuve que aprender, aunque también me di cuenta de otra cosa. Pero antes, esta es mi historia, así fue como comenzó todo. A mis 16 años, en un día normal de la escuela cuando me quedaba al extracurricular de vóley.

- Disculpa, ¿me puedo sentar?

Un joven alto me miraba con su bandeja del almuerzo en las manos.

- ¡Sí! - respondí algo confundida. - ¿No tienes donde sentarte?
- Bueno, sí, algo así. Mis amigos no están y no quería comer solo, así que pensé que si no te molesta...
- ¡Ah! Okey.

Comimos casi en silencio. Por alguna razón, mi extenso vocabulario y expresividad no parecían funcionar ese día. Pero descubrí que su nombre era Alex, que tenía mi misma edad y estábamos en el mismo nivel. De alguna manera, no lo había visto antes, porque de otro modo lo habría recordado muy bien. Era un chico de cabello oscuro, ojos castaños y mirada profunda.

Pasaron los días y me lo encontraba bastante seguido en los pasillos, en la salida o el bar del colegio. Cuando esto sucedía, nos saludábamos y seguíamos nuestro camino. Luego, nos deteníamos a preguntarnos “cómo estás” y a comentar asuntos generales de las clases y las materias. Después, nos reíamos juntos y nos sentábamos a conversar en los recreos, nos molestábamos y divertíamos, nos reuníamos en la tarde

a jugar en videollamadas y nos quedábamos callados sin decir nada con la voz, pero sí de otras maneras. Y así, de repente, lo supe.

A diferencia del resto de mis amigos, con Alex yo no era como los demás. Cuando estaba a su lado, había algo que me hacía estar alegre. Yo tenía bastantes problemas en mi vida, ninguno demasiado grave, pero discusiones con mis padres, el estrés de las tareas, ansiedad de no saber qué voy a estudiar, estando ya cerca de graduarme, me desanimaban y necesitaba de alguien que me escuchara y abrazara cuando estaba triste. Alex no solo hizo eso, sino que incluso en medio de todo me hacía sentir feliz. Sus ojos, su voz, su sonrisa me reconfortaban. Era tan inteligente, amable, sincero y alegre, y eso lo compartía conmigo.

- ¡Gabrielle! - me dijo un día, cuando ya me había dado la vuelta para irme.

- ¿Sí?

- Te quiero.

Me quedé callada.

- Te quiero tanto que ya no puedo ocultarlo. Tenía que decírtelo. Eres tan linda, generosa y fuerte. Desde que te vi por primera vez supe que eras especial. No sabes cuánto te admiro. Luego te convertiste en mi mejor mi amiga, y ahora, eres una compañera de la cual no creo poder separarme. Me gustas.

Sin poder evitarlo, corrí hacia él y lo abracé. La emoción que me causaron sus palabras no me permitió decirle que yo también lo quería, pero con ese abrazo se lo demostré.

Después de eso, creía que pasaba el año y medio más feliz de mi vida, pero las cosas ya no funcionaron. Él ya no era el mismo... Y yo

tampoco. En este camino, los dos avanzamos y crecimos, juntos, pero cuando menos nos lo esperábamos, divisamos una bifurcación. Nuestros caminos se dividían, se separaban. Me intenté aferrar a la idea de que todavía podía unirlos. Me salí de mi propio sendero, y entré al de Alex, tomada de su mano, pero enseguida, me fui soltando hasta quedarme atrás.

- Terminamos- lloré. Mis manos temblaban cuando lo miré directamente a los ojos. Él no pudo sostenerme la mirada, pero sabía que yo tenía razón.
- Lo siento- me dijo. – Perdóname por no haber sido alguien mejor, perdóname por no haber podido ser un soporte para ti en donde te apoyaras y en donde te sintieras tranquila y feliz.
- Lo fuiste- dije en voz baja-. En cada momento. Pero ya no podemos, ya no puedo seguir.

Adiós Alex, adiós a la persona más increíble que había conocido. Corrí al lugar donde ya nadie podía verme ni oírme y grité. ¿Por qué sentía un vacío tan profundo? ¿Podría volver a llenarse alguna vez? No lo sabía. Los días que siguieron fueron como un largo sueño del cual no podía despertar, porque nada parecía ser real. Me sentía como de la etérea materia de un fantasma, o como un robot que hace todo porque así dice su código, pero nada más, o tal vez como una manecilla de un reloj descompuesto que se traba en unas partes sin mostrar la hora correcta. Entonces, mientras en ese estado jugaba vóley con mis amigos luego de mucho tiempo de no hacerlo, regresé a ver todo lo que me había pasado y me di cuenta de que me alegraba volver a tener ese suave viento en la cara. Más tarde, al llegar a mi casa, mi mamá me tenía preparada una deliciosa pasta, que inconscientemente disfruté y le agradecí. Luego, me

senté a mi escritorio y me puse a hacer tareas. Puse una agradable música de jazz, y sonreí. Es que, había olvidado que se podía hacer eso. Por un instante sentí como me llenaba de nuevo, y esperé hasta que esa sensación se quitara, pero no pasó...

Así, libre desperté de ese sueño para entrar a otro, real, en donde me gradué, entré a la universidad y pasé tiempo con mi familia y amigos. Aprendí que yo podía estar bien por mi cuenta, tanto como con Alex, que no necesitaba de alguien para estar llena, hasta el tope, incluso con los problemas del día a día. Con esas pequeñas cosas, retomé mi camino, que había dejado abandonado y me descubrí a mí misma. Porque sí, Gabrielle, la vida nunca ha sido sencilla, pero aprendiste a disfrutarla con paso firme cuando entendiste que la felicidad nacía en ti.